

2



El país llano

Uno de los aforismos más citados de Jacques Brel es aquel en el que sentenciaba que sólo hay dos fechas realmente trascendentales en la vida de un hombre, la de su nacimiento y la de su muerte. “Principio y fin habitan en el mismo relámpago” dice un verso del poeta Eloy Sánchez Rosillo. Todo lo que trascurre en medio de esas dos fechas citadas carece de verdadera importancia según el escéptico pensamiento del cantautor belga. Tomando como referencia esas dos fechas trascendentales en la vida de todo hombre habría que decir que Jacques Brel nace el 8 de abril de 1929 en el número 138 de la Avenida del Diamant en una casa burguesa de Schaarbeek, una comuna al nordeste de Bruselas que con más de cien mil habitantes se erigía ya en la más populosa de la capital.

La expansión de esta comuna es una consecuencia del crecimiento del centro de Bruselas y de la necesidad de numerosos burgueses de buscar una zona más tranquila. Schaarbeek no dejará de crecer en los años posteriores al nacimiento del cantante. El padre de Brel se llamaba Romain y había nacido en 1883 en una granja de Zandvoorde, muy cerca de la frontera francesa. La madre (nacida en 1896) se llamaba Lisette y era natural de Bruselas. Romain y Lisette eran francófonos, de ahí que Brel se decante desde muy pronto por la lengua de Verlaine. El año de nacimiento de Brel es el año del Crack con el que de modo abrupto se cerrarán los alegres años veinte. Los años treinta serán años de depresión económica que terminarán desembocando en la Segunda Guerra Mundial.

El año 1929 será testigo del derrumbe económico del sistema financiero mundial. También ese año se conmemoraba el centenario de la independencia belga y para dos figuras de nacionalidad belga ocurrían cosas importantes. El escritor Georges Simenon inauguraba la popularísima saga del inspector Maigret y el dibujante Hergé creaba el personaje de Tintín. Maigret y Tintín se erigirán en personajes claves de la cultura popular y se presentan en sociedad el mismo año que Jacques Brel llega al mundo.



La genealogía familiar de Brel ha sido estudiada en algunos libros sobre el cantante. Su abuelo paterno respondía bien al tipo de burgués católico y flamenco que predominaba en su época. Explotaba un par de negocios, uno de ellos una panadería en Zandvoorde. Romain era el hijo pequeño de una saga de diez hermanos. Aprende primero francés y luego flamenco pero siempre se considerará francófilo. Estudia sin finalizar la carrera de ingeniería química en la Universidad de Lovaina. La situación económica le obliga a buscar suerte en el Congo como agente de la Cominex. A partir de ese año (1911) Romain encuentra un trabajo rentable que le permitirá regresar a Bruselas en 1919. Se casa con Élizabeth Lambertine (Lisette) en 1921 y se marchan al Congo. No se estabilizarán en Bruselas hasta 1926. En ese tiempo Lisette queda embarazada de gemelos que morirán al poco de nacer. En octubre de 1923 nace en Bruselas Pierre y seis años más tarde Jacques. En estas apresuradas líneas queda más o menos enmarcado el contexto familiar en el que se desenvolverá el niño Jacques.

A los seis meses de su nacimiento la familia Brel se traslada a una casa de mayor amplitud en la rue des Cerisiers (calle de los cerezos) de Bruselas. Todavía no hemos abandonado Schaerbeek. En 1931 los Brel se mudan a un apartamento en el número 66 del boulevard d'Ypres, en el corazón de las Halles de Bruselas. Cuatro años después se produce un nuevo traslado de la familia al número 26 del boulevard Bélgica en Molenbeek-Saint-Jean. Se completa el ciclo de trasladados en 1942 a la calle Jacques Manne en Anderlecht muy cerca del negocio de la cartonería de la familia que tantos quebraderos de cabeza dará a Jacques Brel.

La otra fecha crucial en la vida de todo hombre (siempre según Brel) nos lleva hasta el año 1978. Ahora hemos cambiado de escenario, hemos dejado la comuna al norte de Bruselas para viajar hasta París. Jacques Brel muere ese año víctima de un cáncer en la ciudad por cuyas venas jacobinas corre el Sena. Una placa de recio mármol gris recuerda al cantante en la puerta de su casa. La placa reza que Brel cantó a los Países Bajos, a los viejos, a la ternura y a la muerte y que sigue viviendo en sus poemas. Quizá Brel no se sentiría cómodo con la consideración de poemas para sus canciones, a las que veía en su propia hibridez alejadas quizás de la excelencia del verdadero poema. Pese a ello a Brel se le estudia desde fechas tempranas como se estudiaría la obra de un poeta tratando de desmenuzar las motivaciones de sus textos, la técnica y el lirismo sobresaliente de los mismos.

En medio de esas dos fechas citadas, de ese nacer a solas y ese morir a solas, está el transcurrir de la vida de Jacques Brel, el hombre y la circunstancia orteguiana, las pasiones y los ecos, los sueños y las quimeras, las búsquedas de diverso signo que le acompañaron, su compleja biografía con el equipaje abierto a las certezas y a las dudas, a las preguntas sin respuestas, a los inviernos heladores y a los mares simbólicos, a los poemas como canciones y a las canciones como poemas que todo viene a ser lo mismo cuando la pluma se moja en el corazón como vasto ejercicio de luz contra el quebranto. Es ese equipaje abierto de canciones que nombran la



vida y sus conjuntos y donde se escucha la voz de Brel desplegando su fuerza, su acento, glosando asuntos vitales y describiendo paisajes, memorias, indagando en los pañuelos de la melancolía donde fueron a morir las lágrimas del tiempo, indagando a su modo también en los arcones donde queda el eco de las risas o la última prenda del amor o la brisa del último beso o del último amanecer en una playa frente al último celaje. En medio de esas dos fechas —nacer y morir, principio y fin— caminaron los amores que apresaron la eternidad en un instante y los desamores que dejaron cicatrices en los labios, se fundieron los azares y los crepúsculos, las anotaciones desesperadas en un cuaderno, las tardes de sol y de primavera, lo que se pronuncia altivamente, lo que se encierra entre cuatro paredes, los exilios del alma, la verdad de la infancia, la experiencia de ser, de estar, la poesía que permanece y queda, para siempre, por siempre, en los surcos de un disco. En medio de esas dos fechas concluyentes está, en definitiva, la aportación excepcional de Jacques Brel al mundo de la canción.

Brel nace en Bruselas, como se ha dicho, aunque muchos quieran ligarlo exclusivamente a Francia y a París, donde se hizo un nombre de referencia en el abigarrado mundo de la canción francesa. A nivel lírico comparte importancia con Georges Brassens y Leo Ferré formando los tres vértices en los que los historiadores vertebran cierto modo de entender y de explicar la canción francesa. Es evidente que hay un París que se puede recorrer desde la propia biografía y desde el propio cancionero de Brel. Pero esta obviedad no excluye que Bruselas siempre ocupará en el corazón de Brel un lugar primordial. Estamos hablando de su ciudad a la que cantó magníficamente en un tema al que luego regresaremos. Al llegar a Bruselas y adentrarnos (citando a Jean Cocteau) en ese gran teatro del mundo que es la Gran Place podríamos iniciar desde ese mismo punto (si así nos lo propusieramos) un recorrido imaginario por lugares en los que Jacques Brel sigue estando presente. Podemos imaginar la sombra melancólica de “Jef” en alguna calle perdida de Bruselas mientras Brel le pide que deje de llorar y que cure sus heridas comiendo mejillones y patatas fritas (plato típico flamenco). Podemos buscar en segunda instancia el tranvía 33 donde está sentada Madeleine y su adolescente enamorado mientras les esperan las patatas fritas de chez Eugène, las más afamadas de toda Bruselas. No queremos ni imaginar que se hará tarde para tomar el tranvía y lloverá sobre las lilas del amor primero. Hallamos el eco de la canción de Brel en las calles de Bruselas y con eso basta. Bruselas y la nostalgia de sus tranvías y la nostalgia de la infancia y la imagen de Brel tocando el *Para Elisa* en el piano familiar y escribiendo sus primeros versos, secretamente, alejado de todos y acompañado de su soledad.

Bruselas conserva aún algunos de los refugios predilectos del cantante. Como la cervecería Mort Subite que dio origen a la famosa cerveza del mismo nombre o el restaurante Aux armes de Bruxelles ubicado en la muy típica y gremial rue des

Bouchers¹ (calle de los carniceros) donde Brel solía cenar los mejillones con patatas, uno de los grandes placeres culinarios y cotidianos del cantante y una de esas razones por las que podría merecer la pena vivir. En Chez Vicent, un restaurante de la rue des Dominicains, Brel degustaba el pescado fresco del mar del Norte y en La Taverne du Passage devoraba las famosas croquetas de gambas.²

En Bruselas un itinerario Brel exigiría hacer escala en la Fundación que lleva su nombre. La Fundación Jacques Brel está situada en una coqueta y sosegada plaza (muy cerca del emblemático y menudo Manekken Pis) y se encarga de mantener vivo el imperecedero legado del artista belga con proyecciones, exposiciones y venta variada de artículos. La Fundación Brel edita además una revista llamada *Jef* que informa de cualquier novedad que se produzca en torno al cantante belga y que incluye interesantes artículos sobre su vida y obra. Los investigadores de Brel pueden acceder si así lo precisan a los magníficos fondos de la Fundación.

Brel no renunciará jamás ni a su ciudad ni a su país. Se sentirá belga (“de raza flamenca y lengua francesa”) antes que cualquier otra cosa. En alguna ocasión llegará a decir que es flamenco y de origen español. Brel advertía en la fuerza de su temperamento cierto origen español mostrando una marcada preferencia por la figura del Quijote cervantino al que encarnará en el musical *El hombre de la Mancha*. En otras ocasiones Brel se verá a sí mismo como un germano o como un renano y a ese doble origen hispano-germánico acudirá para explicar parte de su carácter en el que confluyan de modo apabullante el misticismo desesperado y la sensualidad típicamente latina. Haciendo constar lo germánico y lo hispánico como parte de su ser no puede negarse la evidencia flamenca de Brel. Esta evidencia no la marca únicamente el hecho de que nazca en una comuna al norte de Bruselas, sino porque su latido y su mirada no cesarán de mirar hacia su pequeño país y de impulsar su corazón y sus palabras.

El sentimiento flamenco de Jacques Brel lo podemos hallar en algunas de sus propias creaciones y de un modo definitivo y rotundo en “Le plat pays” (“El país llano”), una canción que Brel parece recitarnos más que cantarnos trasmitiendo con suma intensidad el sentimiento de su poema, bellísimo homenaje a su país en el que las únicas montañas son las catedrales y en el que los vientos habitan cada esquina como si formasen parte del paisaje humano. Cuatro estrofas de siete versos le bastan a Brel para describir su idea de Bélgica y para hacernos ver que

1. En la pequeña calle de los carniceros se situaba el cabaret La Rose Noire en el que Brel debutó en 1952. El jazz y la chanson convivían en algunos de estos locales de Bruselas en los que solía detener el paso el joven Brel. La Rose Noire era también restaurante y programaba el mejor jazz (Art Tatum, Chet Baker, Dizzie Gillespie, Claude Luter, etc.). Además de La Rose Noire destacaban otros cabarets como Le Coup de Lune en la calle del Santo Espíritu, el Blue Note en la Galerie des Princes o Le Lion d'Or en la plaza Saint-Géry.

2. Como libro de referencia para ahondar en las claves de Bruselas (con un capítulo entero dedicado a la relación de Brel con su ciudad) es recomendable la lectura del libro *Le roman de Bruxelles* de José-Alain Fralon (éditions du Rocher, 2008).

esa es su verdadera patria, la de los negros campanarios como palos de cucaña, la del cielo tan bajo que un canal se ha extraviado, la del viento del norte que viene a desgarrarse. Es una canción con mayúsculas que usa espléndidamente el poder de la anáfora y de las repeticiones y que explica como ninguna otra el sentimiento flamenco de Brel:

Con el mar del Norte como vaga frontera
 Y oleadas de dunas para parar las olas
 Y débiles acantilados que las mareas asaltan
 Y que tienen siempre el corazón en marea baja
 Con una infinidad de brumas por venir
 Con el viento del este escucharle aguantar
 El país llano que es el mío (...)

También hallaremos momentos en la obra de Brel donde se mostrará furioso y crítico con ciertas actitudes flamencas. De esa crítica que se entenderá mal circulará esa idea falsa de que Brel era profundamente antiflamenco en base a frases poco afortunadas del cantante como aquella en la que decía que si alguien se topaba con algún belga inteligente es que era suizo.

En el último álbum de Brel, gestado en 1977 en unas condiciones muy particulares, hay un tema durísimo titulado “Les F...” donde ataca a una parte de la sociedad flamenca, aquella que sirve a intereses pangermanistas y que tiende a posiciones radicales y separatistas. Una carta abierta, desgarradamente crítica, que Brel se permite firmar de su puño y letra. En otro plano, en otro contexto, y con un trazo decididamente humorístico el cantautor belga se permitirá retratar ciertas costumbres flamencas en la estupenda “Les flamandes”. Estas canciones difundirán una imagen antipatriótica de Brel que no se corresponderá con la realidad. Un exaltado con muy pocas luces llegará a escribir el día de la muerte del cantante en un muro de una ciudad flamenca: “*Brel is dood, hourrah*” (Brel está muerto, ¡Hurra!). Una pintada aislada pero con la que puede explicarse el odio que Brel despierta entre los extremistas de su propio país.

La historia de Bélgica resulta muy compleja y en su espacio físico, predominantemente francófono, conviven flamencos, valones y en un menor porcentaje germanófonos. Es natural que esta diversidad lingüística, con tres idiomas oficiales según las regiones, haya marcado la historia del país y haya sido un signo de permanente inestabilidad.³ La supuesta armonía entre las distintas comunidades ha sido

3. En una reciente entrevista el ciclista Eddy Merckx, un mito de su país como Jacques Brel, decía lo siguiente: “Bélgica es el país más bello del mundo. Está habitado por gentes que hacen problemas de cosas que no lo son. Son los políticos y los periodistas los que crean los problemas entre flamencos y valones”. Entrevista realizada a Merckx por José Martí Gómez para la revista *Magazine*, número publicado el 19 de abril de 2009.

más ficticia que real porque de fondo han predominado diferencias insoslayables. En la región de Flandes, una de las regiones actualmente más boyantes de Europa, la lengua principal es el neerlandés mientras en la región de Valonia, al sur y en la capital, la lengua que se habla es el francés, cuya influencia histórica en el país ha sido bastante determinante. Flandes y Valonia son, por tanto, las dos grandes regiones lingüísticas a la que debe añadirse la bilingüe Bruselas y la pequeña comunidad germanófona. De todos modos es necesario insistir que el predominio histórico de la lengua francesa es evidente. No es de extrañar, por tanto, que escritores de origen flamenco de la talla de Maurice Maeterlink elijan el francés a la hora de escribir sus libros. Lo mismo le terminará sucediendo a Jacques Brel cuya obra asume el francés como lengua aunque sus canciones se detengan más en el paisaje de la Flandes barroca que en los rincones valones. Es sintomático dentro de esta primacía de la lengua francesa el hecho de que la Constitución belga de 1831 se redacte en francés debiéndose aguardar a la década de los años sesenta del pasado siglo para hallar la primera versión flamena.

Bélgica es un país dividido entre un norte próspero y un sur empobrecido, la eterna dicotomía norte-sur. Hoy día seguimos encontrando dos regiones que pese a sus diferencias no les queda otro remedio que entenderse pese a la incomunicación que predomina en las relaciones entre valones y flamencos. La periodista Ana Carabajosa explica esta relación entre ambas comunidades desde el pragmatismo, “viven juntos, en la misma casa, pero duermen en habitaciones separadas y cada una hace la vida por su cuenta.”⁴ Pese a ese pragmatismo lo que genera el malestar de los flamencos es subvencionar con su fructífera economía el desarrollo cada vez más limitado de la economía valona, algo que históricamente no fue siempre así ya que hasta los años setenta los valones eran quienes dominaban el país económicamente produciéndose a partir de esa década un evidente declive de esta comunidad. Jacques Brel fue testigo en sus últimos años de esos cambios en la orientación económica belga que irían consolidándose con posterioridad.

4. Ana CARBAJOSA. “Bélgica se divorcia de sí misma”. *El País*, domingo 23 de diciembre de 2007.